

nal de Cristo no llevaréis sino la fe, acompañada de las buenas obras, que se cambiará por la visión beatífica, y la paz, que se hará infinita, por participación, en la gloria. «Fe y paz» son el programa de vuestra vida, la base de vuestras inmortales esperanzas.

R. M. CARRASQUILLA

Prelado Doméstico de Su Santidad.

LA HISTORIA SE REPITE....

I

Allí, en el ocio del campamento, bajo las lonas blancas, amparadoras del sol y de sus lumbres africanas, se reunían los oficiales, como en el cuarto de banderas, a charlar y discutir, a distraer la pesadumbre de las horas, de las horas cansadas y vacías en espera impaciente del avance marcial.

Hablábase allí de todo lo humano y lo divino, con el humor regocijado y estoico, el ágil y festivo ingenio, comunes a la gente española; se disputaba y se reía, con grandes voces y carcajadas formidables, con la impetuosa libertad que ofrecen la juventud, la fuerza y el noble ejercicio de las armas. Luégo de evocar los recuerdos de la patria y del hogar lejanos y discernir los episodios de la guerra, hablóse un día del valor, de esa virtud sublime, la que mejor caracteriza al hombre; virtud de estimación universal, eternamente necesaria, lo mismo en paz que en guerra, pues que la vida en todo caso es una lucha, un campo militar en donde siempre son vencidos los débiles y cobardes....

—Yo creo que el valor—decía un capitán dado a lo histórico y pretérito, de esos que juzgan que siempre lo pasado fue mejor—ha existido y existirá siempre en

las almas de los hombres, como la más auténtica señal de su condición viril; pero creo también que los varones de otros siglos eran, si no más valientes, pues no quiero ofenderos a vosotros, más... ¿cómo diré? más duros y osados, más recios de voluntad y sufrimiento, más estoicos aún....

—Porque eran también menos cultos y sensibles— interrumpió un alférez recién salido de las aulas.

—¿Qué dice usted?—repuso con cierto enojo el capitán—¿Menos sensibles y cultos Gonzalo de Córdoba, Garcilaso de la Vega, Hernán Cortés, Alonso de Ercila, el licenciado La Gasca, Pérez de Villagrán, Fray Juan de Padilla y otros mil de nuestras gestas heroicas? No, no es posible explicar con razones de tres al cuarto epopeyas como la expedición a Oriente de catalanes y aragoneses, ni la conquista de América, ni las hazañas de nuestros mayores en Italia y Flandes. No; lo cierto es que antaño se hacían cosas que hoy parecen imposibles. ¿Recordáis los viajes de Orellana al través de los enormes ríos del Nuevo Mundo, al través de las selvas vírgenes, de los volcanes y las nieves, de las hordas bárbaras, luchando a brazo partido con la formidable naturaleza, con los salvajes indios, con las tormentas, las fiebres y el hambre? ¿Qué suponen al lado de aquellos semidioses: los Orellanas y Balboas, los Valdivias y Elcanos, los Alvarados y Alvar Núñez, los Pizarros, Quesadas y Corteses, todas las proezas que cantaron Homero y Virgilio, ni el viaje de Jasón, las marchas de Aníbal, las empresas de Jerges, las hazañas de César o Alejandro? Los españoles de aquel siglo, con razón llamado de oro, no sufren comparación con nadie: cosas hicieron según la frase de Gomara, las más ilustres y famosas «después de la creación del mundo....»

—¿Sabéis quién era el *Demonio de los Andes*?—preguntó a esta sazón otro del grupo, un ingeniero que,

por cierto, se apellidaba Villagrán, y era soldado y poeta como su homónimo.

Hubo un instante de silencio.

—Es condición de españoles—añadió Villagrán con tono sentencioso—la de ignorarse a sí mismo....

—Yo leí las aventuras del *Demonio de los Andes*—replicó entonces el capitán «retrospectivo»—en las *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma, libro castizo y donoso si los hay. Fue aquel sublime *Demonio* alférez de Gonzalo de Córdoba y maese de campo de Gonzalo Pizarro, los dos Gonzalos insignes. Llamábase el tal del *Demonio* Francisco de Carvajal, y era un halcón de los viejos castellanos, uno de los más duros, valientes, implacables y socorranos de aquel siglo. Superior en todo trance a la vida y a la muerte, recuerda por sus rasgos temerarios y bufonescos a aquel otro, Tiburcio de Redín, cuya historia puso en compendio saladísimo Julio Puyol....

—Pero Redín—añadió Villagrán—acabó por meterse de fraile y hacer muy cristiana penitencia, en tanto que Carvajal murió, ya casi quintañón, por manos del verdugo en las guerras civiles del Perú.... A los ochenta años, según cuenta Agustín de Zárate, no se quitaba las armas ni de día ni de noche, «ni se quería dormir más que cuando recostado en una silla, se le cansaba la mano en que arrimaba la cabeza.» Era Carvajal grueso y colorado, grande sufridor de pesadumbres, amigo del vino y de las mozas, de los ingeniosos decires, del amor y del oro, de la guerra y de la sangre, como César Borja.... Condenado, por fin, a ser arrastrado y descuartizado, díjole al verdugo:—Hermano Juan, trátame como de sastre a sastre.—Y puesto en una cesta, amarrada a la cola de un corcel, rompió a reír y a cantar:

¡Qué fortuna! Niño en cuna,
viejo en cuna. ¡Qué fortuna!

Su rival, Diego Centeno, movido de compasión, dirigióle frases conciliadoras y prudentes; pero Carvajal, haciéndose de nuevas, le preguntó:—¿Quién es vuesa merced?—Soy Diego Centeno—respondió el otro.—¡Por mi santo Patrón!—replicóle el reo con fisga.—Como siempre vi a vuesa merced de espaldas y huyendo, no le conocí viéndole la cara . . .

—¡Aquellos eran más que hombres!—repuso el capitán, gravemente.—Cuentan de otro español, del Perú, que, perseguido por unos traidores, luégo de matar a unos cuantos, echóse a un río, sobre un tronco, para huír de los restantes. Había recibido tan fiera cuchillada en la mano derecha, que ésta sólo quedaba pendiente de un cartilago. Mas, a pesar de ello, ganó el soldado la orilla opuesta y, ya salvo, se inclinó hacia el suelo, puso la planta del pie sobre la muñeca hendida, y, ahogando un rugido de dolor, arrancóse con la izquierda la mano derecha y exclamó, lanzándola al rostro de los traidores: ¡Maldita seas, mano, que no has sabido defenderte!

—Pues hubo otro español—agregó Villagrán,—que se llamaba Juan Morales (era natural de Cuenca, y uno de los aventureros de la *Entrada*), a quien dieron garrote y e echaron luégo a un río con la cuerda al cuello. Sin duda el verdugo no era muy diestro en el oficio, porque el ajusticiado volvió en sí con el fresco del agua, y, haciendo un esfuerzo desesperado, se arrancó la soga del pescuezo y ganó la orilla. Prendido otra vez y de nuevo condenado a muerte, conforme lo llevaban al suplicio, sobre un asno, salió una moza de esas del procomún pidiendo al reo por marido para salvarle, según la ley de entonces.—Mire, don Juan—dijeron los alguaciles al reo:—casáos con esa hembra y no moriréis.—Señores—respondió el altivo y valeroso conquense:—ande el rucio y concluyamos; que un caballero como yo antes pierde

la vida que la honra....—Y es fama que, aunque le ajusticiaron otra vez, tampoco pudieron darle muerte . . .

—En eso de tener siete vidas—comentó otro oficial—somos los españoles lo mismo que los gatos. Por eso España es una señora de tanta correa: ni aun sus hijos han podido acabarla con ser mucho lo que hacen para ello.

II

—Mas, tornando a mi tema—volvió a decir el capitán,—yo no sé de hombres antiguos ni modernos que hayan superado, ni siquiera igualado, las proezas de aquellos españoles, *Césares del Nuevo Mundo*, según los apellida, y aún se quedó corto, míster Lummis, el generoso yanqui, divulgador de nuestras glorias. Yo no diré, según la frase de Lummis, que ni antaño ni hogaño hubiese otros hombres *capaces de hacer* tales hazañas; lo que sí se puede afirmar rotundamente es que ninguno *las hizo* como ellos . . .

—Porque el valor y el heroísmo—arguyó el joven alférez—revistén formas diversas, rasgos muy variables, según los tiempos, las necesidades y las costumbres. Pero la casta de los héroes no se acaba jamás. El dominio de los mares y los cielos, las navegaciones aéreas y submarinas, traen a nuestro siglo una ráfaga de gentileza estoica, un género de poesía épica universal, con rasgos científicos no imaginados; antes sino en las fantasías de algunos soñadores. Esa marcial explosión de la reciente guerra europea, constituye, en medio de sus crímenes colectivos y de sus ciegos choques, la prueba más rotunda que se pudo hacer de los valores humanos, individuales, en la edad presente, la lección más dolorosa y viva que se pudo dar a los fanáticos de las acciones pretéritas . . .

—Sí—añadió Villagrán,—preciso es reconocer que hogaño todo nos dice la superior capacidad del hombre

moderno sobre los hombres que en el mundo han sido: pujanza física, su ánimo viril, sus virjudes de abnegación y de obediencia. Aun en aquellos trances de singular esfuerzo y valentía que en las historias no parecían insuperables, hoy el hombre, el de todos los países cultos, más hombre que nunca, más entero, firme y cabal, mucho mejor dotado para correr al peligro, para sufrir el dolor, para afrontar la muerte. ¡Lástima grande que estas virtudes no tengan, en los viejos estados materialistas' un ideal más noble a quien servir! Pero la máquina humana; y con mayor amplitud el espíritu, descubren cada día nuevos recursos, inesperadas resistencias, maravillosas adaptaciones; la juventud de Europa, que parecía a muchos afeminada y muelle, se ha revelado de pronto con heroica excelitud; los varones de nuestro siglo, que, a juzgar por una literatura decadente y enfermiza, no eran capaces de otras proezas que las del amor y el lucro, se alzaron con la majestad de los antiguos leones.... El sentimiento del deber, el sacrificio personal, aun en las aras de intereses prosaicos, las prendas civiles y guerreras, cuyos dechados parecían más nobles y excelentes cuanto más antiguos, son hoy más graves y complejos, más reflexivos y conscientes; la cultura intelectual, las invenciones mecánicas, el espíritu científico, las vastas organizaciones políticas y sociales, han añadido nuevos conceptos y matices al valor, le han abierto más anchos horizontes, le han encumbrado sobre los fáciles arrojos de la majeza vulgar... Un aviador, un nauta submarino, han menester virtudes físicas y morales 'harto superiores a las del viejo paladín de la robusta lanza y la invencible joyosa. Para remontarse, al cielo; para hundirse en el fondo' del mar, a la merced de un frágil mecanismo; para fiarlo todo a las ciegas palpitaciones de un motor y acometer empresas sobrehumanas, donde sólo el morir es lo seguro,

ni aún basta ser valiente: es preciso tener una sensibilidad profunda y exquisita, unos nervios de acero, una corazón que no se turbe, un pulso que no tiemble, un dominio inalterable de sí, un ímpetu veloz Y temerario, una prudencia singular, una pericia sin límites.... Ambos nautas, el del avión y el submarino, son dos suicidas heroicos: salen ya dispuestos a perecer, a darse en holocausto por la patria. Pero la vida y la muerte del aviador, al aire libre, bajo los claros luminaires del cielo, entre el zumbido de los cañones, brasado en las flumbres de la guerra y de la gloria, tienen una hermosura incomparable: es un vivir-apasionado Y fogoso, de aves de presa, de ángeles guerreros y exterminadores; un bello morir, en plena exaltación, caca a cara de lo infinito.... No así en el fondo del océano. Dentro de un --submarino todo es secreto, limitación, obscuridad Y angustia. Se navega, se combate y se muere en las tinieblas, sin más que un ojo de cristal cuya pupila delatora pueden romper a cada instante, apenas se asome a buscar un rayito de luz. El aire se enrarece, oprime la sangre y los sentidos, relaja los nervios. diluye la voluntad, provoca un estupor invencible. Reina a bordo un silencio funeral, sólo interrumpido por les voces de mando, por el murmullo de las máquinas y, en ocasiones, por el rumor de las hélices enemigas; una honda inquietud, una congoja extrañable, se apoderan del ánimo --más ducho; bajo la calma, llena de peligros, del mar, la nave parecé anticipada sepultura.... Medio tan riguroso Y hostil, pide, pues, un esfuerzo mayor: la disciplina más dura, la obediencia más ciega, el sacrificio más arduo que puede sufrir un hombre bajo los yugos de la necesidad y del riesgo. No hay aptitud ni resistencia humana que allí no se pruebe con doloroso ejercicio: propensos los tripulantes a la inacción Y la mo-

dorra en la estrechez y pesadumbre de tan incómodo aposento; socarrados o ateridos por las extremas temperaturas del mar; envenenados en el impuro ambiente por las emanaciones del petróleo, cuando no por el benzol y el ácido sulfúrico de los acumuladores eléctricos, han de saber dominarse para cumplir el trabajo que el submarino exige, vencer la torpe laxitud, la fatiga cerebral y nerviosa, las mil flaquezas de la carne y del espíritu, dispuestos y prontos a jugarse las vidas al azar de cada minuto, a fenecer obscura y miserablemente en su triste cárcel de hierro.... La vida en las entrañas de un submarino es imponente y misteriosa como un cuento de Edgardo Poe. La misma novedad y maravilla de tan nervioso y ágil mecanismo, le convierten en un ser muy complicado y exigente, de exquisita función, de inesperadas reacciones propicio y vulnerable a todos los choques y riesgos. La fragilidad del casco, sensible a todo proyectil; la delicadeza de sus órganos, que han menester la más refinada experiencia, la más vigilante solicitud; la necesidad imperiosa de respirar, de rehacer la energía, henchir los acumuladores, reparar los circuitos, muchas veces en las horas más trágicas; los angustiosos retardos de la inmersión; la poca velocidad que, a flor de agua, le pone a merced del más obtuso enemigo; los daños del periscopio, erecto siempre como un índice delator, so pena de ir a ciegas en lo profundo de las olas: todo conspira contra el famoso y temerario bajel.... ¡Cuán lejos de su triste marinería el entusiasmo, el militar estruendo de las flotas de guerra sobre el mar, el són de los tambores y clarines, el tremolar de las banderas y las flámulas, esa visión heroica del combate que infunde al menos valiente una sublime embriaguez! Dentro de un sumergible todo es muda resolución y estoica voluntad de sufrir; la muerte y la gloria llegan

callando, como fantasmas en las tinieblas; al sacrificio le acompañan la soledad y el silencio....

Aplaudieron todos los oficiales al ingeniero poeta, y aun el capitán «retrospectivo» batió palmas también, aunque en el fondo de su corazón no acabase de concebir gestas ni hazañas heroicas que no estuviesen coronadas por yelmos ni penachos históricos....

—¿Leísteis, durante la guerra europea—continuó Villagrán—el episodio de un submarino germano el *U-18*? Iba el sumergible perseguido de cerca por una escuadrilla de cazatorpederos ingleses. Entre el duro oleaje, roto en airones de espuma, luchaba desesperadamente el submarino, con el motor averiado, sin poder sumergirse, ni defenderse, ni huir. Ya los ágiles cazadores corrían a punto de cobrar la presa, ya la cercaban por todas partes, se revolvían frenéticos sin disparar un cañonazo para cogerla viva en sus redes. Toda esperanza era inútil; no había ya salvación.... Dentro del submarino se desarrollaba, entre tanto, una escena desgarradora. El capitán juntó a los tripulantes y les dijo así:—Es menester que nuestra nave no caiga en manos del enemigo; que el secreto de su construcción se hunda con ella para siempre..... Todos aquellos hombres, hechos a contemplar la muerte cara a cara, se miraron en silencio con la absoluta decisión de morir.—Pero el sacrificio de todos—añadió el capitán—sería estéril. Basta con uno: yo.... Treinta voces se alzaron con entereza queriendo recabar la gloria de aquel terrible sacrificio,—Que lo decida la suerte—resolvió por fin.—Hízose el lúgubre sorteo. Cayó la suerte, como un rayo, sobre un infeliz maquinista. Como no había tiempo que perder, oficiales y marineros, mudos de emoción, subieron a cubierta. El maquinista quedó abajo solo, solo en su cerrada tumba, mientras sus compañeros se ponían a salvo en los buques ingleses. Un instante des-

pués el *U-18*, abiertas las válvulas interiores, se hundía rápidamente en el mar, llevando en sus entrañas, sepultado vivo, al pobre y heroico maquinista....

III

Decidme, pues—concluyó el alférez que, como todos los demás oficiales oía el relato, conmovido—decidme si ese maquinista oscuro, de quien sabemos la gloriosa acción, pero no el nombre, cede en grandeza moral a ningún héroe, desde Mucio Escévola hasta Guzmán el de Tarifa....

Iba el capitán «retrospectivo» a responder al alférez, cuando se oyó un gran rumor en todo el campamento. Alzaronse con presteza todos los oficiales, requirieron sus armas, salieron de la tienda y vieron llegar, al través de la tropa que les abría paso con admiración, mezclada de pena y de alegría, a unos cautivos españoles que, según dijeron, se habían fugado del interior del Rif, en donde las hordas cabileñas guardaban los tristes despojos de la rota de Anual.

Venían los cautivos—eran tres—flacos, medio desnudos, famélicos; hirsutas las caras, señalados los cuerpos, rendidos y sudorosos, por las bábaras huellas del martirio y del hambre; traían en los ojos la profunda y lúgubre impresión de la tragedia, el horror de la infame esclavitud en aquellos infiernos africanos donde los tigres fueran menos crueles que los hombres.

Casi perdida el habla, no muy segura la razón, cubiertos de golpes, de sangre y de andrajos, habían venido, arrastrándose diez días y diez noches, por barrancos y desiertos, desfallecidos de angustia, de hambre y de sed, con riesgo de morir a cada paso o de caer nuevamente, y esto era peor, en las garras de sus salvajes verdugos.

—Eramos treinta hombres—dijo el más recio de los tres, un cabo de regulares que aún mostraba en el rostro la herida medio abierta de un tajo terrible de gumía,—éramos treinta en la posición con nuestro ca-

pitán, el capitán Orellana. También estaba con nosotros el capellán Padilla, que había escapado de la matanza de Anual. Ya habíamos recibido órdenes de replegarnos a Monte Arruit; pero el campo hervía de enemigos, y estábamos día y noche bajo el fuego. No teníamos apenas víveres, ni municiones, ni agua; la mitad estábamos enfermos o heridos; nos moríamos de sed, la aguada estaba fuera del fortín, y cada sorbo nos costaba una vida.... Intentamos romper el cerco una noche, mas, apenas salimos al exterior, una nube de bárbaros que aullaban como fieras, cayó sobre nosotros, y hubimos de volver al fuerte, ya casi en ruinas, los quince que quedábamos en pie, entre ellos el capitán Orellana y el capellán Padilla, heridos los dos en la cabeza y en el pecho. Los moros arreciaron entonces, haciéndonos la vida imposible; disparaban con bombas de mano y nos iban sepultando en escombros. El capellán y el capitán, sin tener quien les curase, con las heridas enconadas, sin lanzar una queja, nos animaban a sufrir como ellos, sin rendirnos.—Antes morir—decía el capitán—que entregarnos a esos salvajes; antes que caer en sus garras son preferibles cien muertes.... Ya sin agua ni pan, mordíamos las raíces de la tierra, las badanas de los sombreros; bebíamos nuestros orines, íbamos acabándonos poco a poco.... Una noche, por fin, agotadas las municiones, sin poder disparar un tiro, dieron los moros el empujón supremo para ganar las ruinas del fuerte y apoderarse de los diez esqueletos que lo defendían.... Entonces, perdido todo ya, dijo el capitán Orellana a los moros que nos rendíamos; que saldríamos todos sin armas y a discreción... Pararon entonces el fuego; nos dijo el capitán a nosotros lo que debíamos hacer, y, cumpliendo sus órdenes, sin saber a punto fijo lo que pretendía, salimos ocultamente con el capellán y con las armas por un portillo del fortín, entre las

sombras de la noche, camino de Batel, mientras el capitán, según supimos más tarde, salía él solo, a pecho herido y descubierto, por la puerta rota del blocao, y llegando a la alambrada, donde estaban agolpados los harqueños, los entretuvo negociando la entrega del fortín y de su triste guarnición, hasta creer que estábamos a salvo, y entonces, sacando su revólver y un machete, que llevaba escondidos, saltó como un león sobre la horda y pereció matando. . . . Así nos los dijeron después los propios cabilenos. . . . El capellán Padilla y los ocho soldados restantes logramos escapar aquella noche y anduvimos ocultos en los barrancos más agrestes; pero un día, ya cerca de Monte Arruit, nos descubrieron los moros. Toda defensa era imposible; sólo era posible la fuga; pero el capellán, enfermo gravemente, no podía huir, y resolvimos correr la misma suerte todos juntos. —¡No, hijos míos—nos gritaba—; huid, salváos, porque no podéis ayudarme y nada ganaríamos con perecer todos aquí!..... No quisimos correr; aguardamos a pie quieto la embestida de los moros, defendiéndonos con los machetes y las facas; murieron, hechos pedazos, el capellán y cuatro compañeros, quedando los demás heridos y en poder de aquellos salvajes. . . . A poco murió también uno de los heridos, y los tres que estamos aquí logramos escapar después de martirios sin cuento.....

Un silencio solemne, religioso, siguió al relato del cautivo. Y mientras se daban las órdenes para atender solícitamente a los tres, dijo Villagrán, mirando a los demás oficiales:

—¿Ha oído usted, capitán García? La historia se repite....

—Y los héroes también—añadió el alférez—. Ahora, mi capitán, no dirá usted que los modernos Orellanas, que los modernos Padillas, los de los tercios de Africa, son menos duros y osados, menos estoicos, menos recios de voluntad y sufrimiento que los de antaño, los de Flandes e Italia, los de Méjico y el Perú. . . .